

de del Casal, Villanova de la Cuadra (D. Juan), Alonso Castrillo, Montero Villegas, Rosales, Palomo, Armiñán, Muñiz y otros.

Llegada la hora de los brindis, hablaron los Sres. Fernández, Entrena, López Comas, Ortiz, Rosales, Gómez de la Serna y Barroso, que brindó por la memoria de Sagasta y por los prohombres presentes del partido, y enumeró los grandes problemas sociales y políticos pendientes que solicitan la distraída atención de los gobernantes. Puso término á su discurso proponiendo que se dirigiera un mensaje de adhesión al Sr. Montero Ríos, y saludó á la Patria, á la libertad y á las Instituciones. (*Repetidas salvas de aplausos.*)

Habló después el Sr. Montero Villegas. Al levantarse se dieron grandes vivas á L. Eugenio Montero Ríos. El orador, con frase muy correcta, dió las gracias por los elogios dirigidos á su padre y brindó por el Rey y por la democracia. (*Aplausos.*)

Después del Sr. Calvo de León pronunció un elocuentísimo discurso el Sr. D. Demetrio Alonso Castrillo, que fué un himno fervoroso á la libertad, á la democracia y á la Patria. Brindó por el partido liberal y por los demócratas cordobeses, y terminó con vivas á la libertad, á la democracia y al Rey.

El Sr. Villanueva habló después. Dedicó un caluroso y elocuente elogio al Marqués de la Vega de Armijo, representante ilustre de las ideas liberales, importantísimo elemento de prestigio del partido, á quien se puede comparar por su amor á la Patria, por su fe en el liberalismo, con los más preclaros hijos de España. (*Grandes aplausos.*)

Tras éste habló el Marqués de Teverga. Se oyeron muchas demostraciones de aplauso al empezar su discurso fogoso, entusiasta, de profundo sentido democrático. Saludó á los demócratas y liberales, encareciendo la necesidad de una política inspirada en el sentido de ampliar las concesiones á la opinión radical.

Discurso de Canalejas.—Hizo un discurso grandilocuente y eminentemente político. Después de elogiar calurosamente á los Sres. Montero Ríos, Vega de Armijo y López Domínguez, dijo:

«Yonosoy solamente un demócrata; soy un convencido radical. En ciertos asuntos, mis ideas van más allá que las profesadas por algunos republicanos; pero, por convicción también, estoy decidido á no dar un paso que signifique cosa distinta al orden, á la paz, á la concordia, dentro de los cuales creo que está encerrado el bienestar de la Patria.»

Consideró indispensable la solidaridad de todos los elementos liberales y demócratas del país, para que en el periódico y en el libro, en la cátedra y en el Parlamento, en la escuela como en el hogar y en el taller, no cese un instante la propaganda en sentido liberal, ejerciendo una acción social que se oponga á los trabajos realizados por los elementos retrógrados, á quienes ha hecho revivir y alienar la elocuencia y gallardía del Jefe del Gobierno.

«Por eso nosotros proclamamos una Jefatura y constituimos un partido, para formar una masa de opinión capaz de servir para las graves responsabilidades del Gobierno y para los eficaces trabajos de la difusión de las ideas.»

Defendió la tesis de que de los radicalismos que él afirmaba, nada tenían que temer el orden y las Instituciones.

«Más se afianzan éstas—dijo—emprendiendo resueltamente el camino de las reformas que amparándose en las timideces y celos de los que alientan la desconfianza y mantienen la viva protesta de los elementos populares.»

Habló con tonos elocuentísimos de cómo los Reyes deben asomarse á la conciencia del país, para apreciar á la perfección su estado, para conocer sus necesidades, sus deseos, el rumbo que solicitan para sus destinos, el afán que les hostiga, el género de política que ambicionan.

Manifestó también cuál debe ser la conducta de los hombres políticos para con el Rey, ante el cual no ha de ocultarse ninguna verdad ni se ha de usar de habilidades.

Dedicó elocuentísimos períodos á lo que representa en la política española la figura de Montero Ríos, memoria

gloriosa del liberalismo español y esperanza consoladora de las fuerzas democráticas del país.

«Pero él necesita—añadió—, para dar al presente seguridad y firmeza, el calor de las fuerzas del partido, enardecidas para conseguir la victoria.»

Examinó luego las importantes cuestiones contenidas en el programa del partido liberal democrático.

Reivindicó la independencia y soberanía indiscutibles del Estado frente á la Iglesia, afirmando que la fe religiosa es íntima, respetable é indiscutible cuando ejerce su sana acción en la conciencia y en el hogar.

Esclareció el concepto de la propiedad; pero recordando que la función social no puede ser abandonada por los gobernantes, amparando abusos egoístas. Ensalzó el principio de autoridad, y en párrafos de incomparable elocuencia señaló el hecho de que en España la indisciplina, la perturbación y el desorden vienen de arriba, desvirtuando la acción jurídica y hostigando á las muchedumbres.

Brindó primero por la Patria, objetivo primordial al que deben converger los Reyes, los partidos y el pueblo.

Trazó con gran elocuencia las figuras de los Reyes demócratas contemporáneos, esperando que el de España continuará tan nobles ejemplos.

Brindó después por D. Eugenio Montero Ríos, indiscutible Jefe del partido liberal democrático, del que desea y del que espera que interprete las aspiraciones de la opinión pública y de todos sus correligionarios, que en él tienen puesta su mayor confianza, para que imponga el sello de su autoridad en una obra atrevida, que destruya el influjo de tantos atavismos como amenazan á España.

Terminó ensalzando la figura política de Vega de Armijo, y el orador se produjo en términos que conmovieron al ilustre prócer y á todo el auditorio.

La ovación que se le hizo duró algunos minutos. Se oyeron muchos vivas á la libertad, á la democracia, al Jefe del partido liberal y á Canalejas.

Discurso de Vega de Armijo.—Al levantarse el Marqués se le saludó con un aplauso nutrido y estruendoso.

«En un día memorable—dijo—y en un acto idéntico al que realizamos ahora, sostuve ante Sagasta, el Jefe inolvidable y queridísimo, que habían desaparecido para siempre los obstáculos que se venían oponiendo al triunfo de la libertad.

»Yo creí entonces que la dura labor mediante la cual obtuvimos y sancionamos libertades públicas reclamadas por la ley de los tiempos, era una empresa á la que se había dado aquella estabilidad que permitiera descansar á los que más tarde intervinieran en la buena obra; pero he aquí que necesitamos empezar de nuevo, que al cabo de los años volvemos la cara al presente y retrocedemos al pasado.

»Ante la amenaza que esto significa, los luchadores tenemos que olvidar el reposo para lanzarnos de nuevo á la pelea: lo exigen imperiosamente la libertad y la democracia; lo demanda este período de reacción, que busca como apoyo la elocuente palabra del actual Jefe del Gobierno. (*Este párrafo fué acogido con grandes aplausos.*)

»Una esperanza me anima, sin embargo: la de que el Rey de España quiere ser un Rey liberal, un Rey democrata. (*Aplausos.*)

»El partido liberal se vió obligado á dejar el Poder á instancias de los conservadores impacientes, que por boca de Maura entonaban himnos á la revolución desde arriba, y á los cuales se les podría decir, sin pecar de duros, que han engañado al Rey y al pueblo. (*Grandes aplausos.*)

»Nosotros no somos tan pródigos en promesas; pero tenemos mucho que hacer para servir á la Patria y á la Monarquía. Es necesario que nos dispongamos á solucionar los grandes problemas sociales, imponiendo la justicia por la ley y con la paz.

»Nosotros podemos decir á las muchedumbres que se les dará todo aquello que tienen derecho á disfrutar; pero contenido en la fórmula jurídica, que está por encima de todo.

»Soy un ferviente dinástico y no un adulator. Mi his-

toria me da derecho á hablar ante el Rey con la misma claridad con que hablo ante vosotros.

«Recuerdo que en circunstancias históricas dije á una Reina generosa, pero equivocada, cuáles eran los peligros que envolvía la política seguida por los reaccionarios de entonces. Y llegó, andando el tiempo, un día en que aquella augusta dama, al comentar mis palabras, me dijo:

«¡Si te hubiera hecho caso en aquella ocasión, seguiría siendo Reina de España!» (*Vivísima sensación.*)

«El acto que celebramos hoy debe señalarse por sus afirmaciones. Somos un partido disciplinado, de ancha base, con soluciones concretas, sin efectismos ni desplantes, sin arrogancias ni impaciencias, y con un indiscutible Jefe, el ilustre Montero Ríos, y cuyo partido lo hemos formado para servir á la democracia, sacrificando todo lo personal á las ideas, seguros de que así interpretamos la voluntad nacional.»

Grandes aplausos acogieron las últimas palabras del orador.

Muchos comensales le abrazaron y le acompañaron hasta el coche, vitoreándole.

El acto fué importantísimo.

DIA 22.—Notable discurso de D. Melquiades Alvarez.—Con motivo de haber sido el Sr. Alvarez mantenedor de los juegos florales en Sevilla, en cuya ceremonia pronunció un discurso bellissimo, lleno de poesía, elocuencia y patriotismo, los republicanos celebraron un *meeting*, en el cual el Sr. Alvarez pronunció un discurso político de gran alcance é importancia por las declaraciones que en él consignó.

La multitud en el teatro donde se celebró el *meeting*, era inmensa.

El Sr. Montes Sierra, Presidente del Casino republicano, pronunció breves palabras presentando á D. Melquiades Alvarez, el cual se levantó á usar de la palabra, produciendo gran expectación y entusiastas aplausos.

Después de los saludos de rúbrica, dijo que los aplausos que se le habían tributado no le correspondían á él, sino á las ideas que representa, á su aspiración republicana.

«Ser republicano es caminar hacia adelante, admitiendo la soberanía popular como única fuente de los derechos públicos. Por eso—añadió—la Monarquía es absurda: el Rey no gobierna y le falta la representación del pueblo. La Monarquía belga y la inglesa, por ejemplo, son excepciones: las ha formado el derecho popular, y pueden llamarse Repúblicas coronadas.»

Luego habló el Sr. Alvarez de los anarquistas y de los socialistas. Sus palabras tenían particularísimo interés, porque en la concurrencia había considerable número de unos y de otros.

«La República—dijo—, por su carácter nacional, no debe convertirse en instrumento mezquino de ningún partido ni servir los exclusivismos de una sola clase: ha de ser el Gobierno de todos, sin odio para nadie, fundado en el amor y el respeto de cuantas ideas existen.»

Sostuvo el orador que es peligroso y nocivo decir que la República representa el tránsito para llegar á la anarquía.

«La República—exclamó—combatirá enérgicamente esas locuras, imponiendo el orden social. (*Sensación.*) Por lo mismo que la República es el Gobierno de todos, necesita un poder fuerte que garantice el derecho y mantenga la paz social. La República que no haga eso, sucumbirá entre las convulsiones epilépticas de la demagogia.

«La única ventaja á que pueden aspirar los anarquistas—siguió diciendo—dentro del Gobierno republicano es á la propaganda de sus ideas, porque de ninguna se hará excepción. Pero la República castigará fuertemente toda excitación á la violencia. El Estado republicano reprimirá todo delito que se cometa en nombre del anarquismo, y lo reprimirá *severa, sangrientamente.*» (*Gran sensación.*)

Hablando del colectivismo, dijo que es una demencia de un grupo de hombres exaltados, y no triunfará nunca, porque conduce al aniquilamiento de las libertades, al despotismo del Estado, á la anulación de los derechos del

hombre. Los que tales ideas defienden y por su triunfo trabajan y en su propaganda afánanse clamorosamente, no hacen sino pedir de nuevo las cadenas.

«No por eso—añadió el orador—el Estado ha de permanecer indiferente ante la misera situación del obrero, sino que debe dictar leyes protectoras que, sin lesionar los intereses del capitalista, coloquen al obrero en iguales condiciones jurídicas que al empresario, evitando que sea víctima de la tiranía patronal. A este fin aconsejo una activa propaganda para conseguir que se transforme el actual régimen del salario en otro régimen de armonía en la vida económica, donde todos los elementos, sobre la base de la cooperación, se den el ósculo de paz para poner término al estado de guerra en que hoy viven.

»En la cuestión religiosa—siguió diciendo D. Melquiades Alvarez—hay que huir de los fanatismos propios de los pensamientos extremos, vestidos unas veces con el traje de hopalanda y disfrazados otras con el gorro frigio. Forzoso es reconocer que el sentimiento religioso constituye una gran fuerza en España, con la que debe contar todo gobernante. Es insensato ahora—dijo—pedir la separación de la Iglesia y del Estado y la supresión del presupuesto del culto y clero. Tal pretensión conjuraría contra la República todos los sentimientos católicos.»

Robusteció este aserto el orador con ejemplos presentes de la vida de Bélgica y de Austria.

Aconsejó el Sr. Alvarez á sus correligionarios que respetasen todos los intereses y todos los sentimientos, porque las exaltaciones demagógicas y sectarias sólo producirán un efecto: retardar el triunfo de la República.

«Además—concluyó—no se concibe la democracia sin la virtud de la tolerancia.»

Dió á entender el orador que el movimiento de aparente júbilo con que se ha recibido al Rey en su reciente viaje en muchas poblaciones, es una protesta contra los radicalismos que siembran el recelo y la alarma y hacen temer disturbios patricidas.

En diversos momentos de su discurso, el Sr. Alvarez consignó que es igualmente despreciable el cortesano adulador de los Reyes, que el tribuno adulador del pueblo.

En otros puntos de este discurso, que es imposible de extractar, el Sr. Alvarez proclamó el predominio del poder civil, la libertad de cultos, la enseñanza laica, el matrimonio civil y la secularización del Estado. Con este motivo dirigió acerbas, intencionadas y duras frases á las doctrinas que hacía pocos días sustentaron en la Academia de Ciencias Morales y Políticas los Sres. Pidal y Vadillo.

Puso término D. Melquiades Alvarez á su arrogantisimo discurso diciendo que el día en que la masa popular se convenza de que la República debe ser gubernamental, tolerante, prudente, amparadora de todos los intereses, la conciencia nacional se volverá del lado de los republicanos, y el Ejército, celoso de su honor, pondrá su espada al servicio de las nuevas ideas. (*Gran ovación.*)

El discurso fué elogiadisimo, no sólo por su grandilocuencia y belleza, sino también principalmente por la alteza de las ideas expuestas, que inspiradas todas en la libertad y en el orden social, se impusieron á un auditorio que en su mayoría gusta sólo de los violentos radicalismos. La condenación de las doctrinas anarquistas y colectivistas ante los mantenedores de estas propagandas, constituyó un rasgo de honrada y noble independencia de espíritu que se aplaudió mucho al ilustre orador.

Terminado el *meeting*, se celebró en el restaurant de Venta Eritaña el banquete dispuesto en honor de D. Melquiades Alvarez y de D. Jacinto Octavio Picón. Los comensales fueron 250 y los brindis numerosos: resumiólos el Sr. Alvarez con una brillante peroración.

DIA 23.—Separatistas sin careta.—Así calificó, y con harta razón, el morigerado y sesudo periódico *España* á los que asistieron á la Asamblea Catalanista celebrada en Barcelona, que terminó en esta fecha.

En la sesión anterior presentó la Junta directiva una proposición haciendo un llamamiento á los amantes del nacionalismo catalán y reconociendo la legalidad actual durante el período constituyente de Cataluña autónoma.

El Presidente defendió las bases diciendo que Cataluña está dominada por un pueblo cuya incultura censuran más allá de los Pirineos. Terminó diciendo que deseaba una Cataluña opuesta al pueblo que había sido siempre su opresor.

Folguera pidió que se cambie la palabra "legalidad" por la de "régimen".

Durán se lamentó del carácter apasionado de la Asamblea, siendo interrumpido por voces de ¡extranjero!, promovándose gran tumulto.

Un tal Pujol intervino diciendo que Castilla es «la Nación más ignorante del mundo».

Entre los discursos se destacó el pronunciado por el Delegado de Santiago de Cuba. Este señor, no contento, sin duda, con ser traidor en Cuba, tuvo frases muy poco corteses para España, las cuales fueron aplaudidas por la concurrencia.

Todos los demás discursos estuvieron inspirados en el odio más violento respecto á Castilla y al Poder central, empleándose en ellos tonos separatistas.

Circularon en la Asamblea monedas de treinta y de diez francos, oro; de cinco y de una pesetas, plata, y de diez y de cinco céntimos, cobre. Todas ellas llevaban en el anverso la efigie de San Jorge y en el reverso el escudo de Cataluña con la inscripción: *Vendicamos hereditatem patrum nostrorum*.

La Asamblea terminó al grito de ¡*Visca Catalunya!*

Los comentarios á esta reunión y á estos hechos fueron muchísimos.

Unos dijeron que este era el fruto de la política de Polavieja y Silvela, resucitada y amparada ahora por el Sr. Maura.

Otros censuraron á las Autoridades porque no intervinieron en el *meeting* y castigaron á los que tales cosas dijeron; y otros, en fin, se contentaron con exclamar:

—Dejadlos. Son pocos y cobardes y apenas se notan entre la gran población catalana, honrada y lealmente española.

El Rey en el Ateneo.—El Rey D. Alfonso, que sentía gran afición á todas las cuestiones agrícolas y so-

ciales, concurrió al Ateneo á escuchar tres conferencias dadas sucesivamente por los Sres. Moret, Ugarte y Conde de San Bernardo sobre una memoria escrita por el señor D. Celedonio Rodrigáñez, y premiada en un concurso iniciado por el Rey.

En esta fecha disertó el Sr. Ugarte y terminada la conferencia, el Rey se puso en pie, mandó subir al estrado al autor de la memoria premiada, y dirigiéndose al público dijo:

«Señores: Tengo el gusto de presentarles al Sr. D. Celedonio Rodrigáñez, autor de la memoria premiada en el concurso sobre el problema agrario.»

Los concurrentes aclamaron al Rey.

El premio otorgado por S. M. el Rey era de 5.000 pesetas; y la memoria del Sr. Rodrigáñez (jefe de parques y arbolados del Ayuntamiento de Madrid) tenía todas las condiciones de un trabajo notabilísimo.

La huelga de ferroviarios.—Terminó en esta fecha la huelga de *La Locomotora Invencible*. Todos los obreros volvieron al trabajo, siendo despedidos 150.

DIA 24.—Declaraciones de Montero Ríos.—

Los adversarios políticos de los demócratas intentaron buscar disidencias entre el Sr. Montero Ríos y el Sr. Canalejas, con motivo del discurso pronunciado por éste en Córdoba; pero el Sr. Montero Ríos, que llegó en esta fecha á Madrid, dijo lo siguiente:

«Conozco el discurso pronunciado por el Sr. Canalejas en Córdoba por el extenso relato telegráfico publicado en *El Liberal*, y que he leído en el tren durante mi viaje de regreso.

«Es una hermosa nota de sinceridad política la dada por el Sr. Canolejas en su discurso y que le honra tanto como á mí me satisface.

«Es un discurso que, contra lo que han supuesto algunos, tiene mi absoluta conformidad y mi entusiasta aplauso.»